

**ESCRITORES POR EL MUNDO.
VOL. 5**

Escritores por el Mundo Vol. 5 - 2021.

Queda expresamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio sin la explícita autorización previa del o los autores.

Prefacio

Se abre una nueva página. El fuego continúa iluminando a pesar de la extensa tormenta. El arte y la literatura se abren camino en la espesa oscuridad. Autores de México, Francia, Perú, Estados Unidos, Chile, Uruguay, Ecuador, Costa Rica y Colombia han vuelto a congregarse en esta edición de Escritores por el Mundo para dejar certificado que el olvido y la derrota no son elecciones de nuestro tiempo. Blandiendo la pluma con vigoroso brío, dejamos a continuación una obra única y desbordante de talento para certificar a futuras generaciones que hubo un tiempo en el que, contra viento y marea, existieron hombres y mujeres que no contemplaban el desánimo como opción.

Dale vida a tu amor

Carla Maldonado Cifuentes. Santiago, Chile.

El placer de poder sentir el goce de los sentimientos en plena tormenta me trae calma; encontrarme conmigo misma se volvió mi rutina favorita y no tengo un plan en mente para cambiarla. Los gritos en la multitud rebotan por mi cuerpo y de a poco voy entendiendo que el tiempo y la seguridad hizo de mí un reinado de fortalezas.

Encuentro amor y delicadeza hasta en la brisa de verano; mis ojos se acostumbran al brillo de los días y mis manos ya no extrañan las noches frías. Mi pecho se llenó de gritos que quiero soltar al mundo de lo feliz que estoy; la dependencia se adueñó de otros cuerpos y hoy a mi corazón lo refugio yo.

Perdida estaba hace unos meses buscando respuestas en corazones ajenos que solo me entregaban cuerpos que no me pertenecían; mis noches eran de calma si sentía los brazos fríos rodeando mi espalda; dormía para poder soñar en situaciones que me transportaran de mi realidad, porque despierta no me sentía completa. Mis manos siempre estaban inquietas por recorrer mentes ajenas sin pensar en la mía e imaginaba la simpleza de los deseos mientras me exigía cumplirlos.

Obtuve momentos desafortunados y quebrados donde me sentí como ese final de libro necesario al cual quieres saber con emoción pero te da nostalgia terminar la historia. Y ahí me encontraba como un libro usado con palabras llenas de gotas, donde arrancar las hojas era parte de la historia.

Me di cuenta de lo que se trata el amor cuando fui capaz de salir de un círculo vicioso, cuando comencé a darme mi lugar, a encontrar mi propio rincón y que el cosquilleo de mi sonrisa fuera mi calma; pude terminar la historia formando mi propia estructura y un final que me tuviera solo a mí.

Tapabocas

Santiago Sebastián Sánchez Martínez. Montevideo, Uruguay.

El tapabocas me da libertad.

Un rostro más cubierto y una identidad que se pierde vaya uno a saber dónde.

Siempre busqué eso, ocultar quién soy, ser invisible; desconozco si el motivo viene del odio hacia a mí o del prejuicio que puedan tener sobre mi persona. Da igual el origen; en el anonimato soy otra silueta que nadie recordará por más de un instante. Me pierdo en el efímero momento donde dos miradas se cruzan.

Hasta ayer las miradas se clavaban en mí como puñales, no levantaba la vista del suelo para evitar la congoja que me genera, como si el simple hecho que un par de ojos se posen sobre mí pueda revelar mis secretos más profundos. No solo el hecho de que puedan leerme con una sola mirada sino también que dicho acontecimiento genere en el otro lo que genera en mí cuando me veo, como si fuese capaz de infectar a cualquiera la repulsión propia que me causo.

Hoy me cubro y no soy yo, hoy me cubro y me siento más libre, hoy me cubro y siento que nadie puede juzgarme... debería usarlo hasta cuando estoy solo.

Disfraz

Santiago Sebastián Sánchez Martínez. Montevideo, Uruguay.

No sé en qué momento se dio ni tampoco tengo claro el cómo, pero sucedió... mi mente calló.

Perdí la llave de la habitación donde guardo mis tristezas, vendo mis ojos para no ver más mis heridas.

No me reconozco y no sé si eso es bueno o malo, pero me mantiene sosegado.

Me refugio en las banalidades de la gente común; me siguen pareciendo estúpidas y vacías, pero me permiten tapar mis dudas. Las voces de mis cuestionamientos dejan de escucharse tapadas por alguna canción de moda, lo que escribo hoy es basura en contraste a lo que hacía ayer.

Y es que siento que ya no soy yo, ¿mis planteos? ¿mis contradicciones? ¿mis temores? ¡¿Dónde están?! Tapé todo con este disfraz insulso de gente normal, y digo normal para no decir tonta. No sé cómo actuar ni qué sentir; la inexperiencia de vivir sin contradicciones me tiene desorientado, me muevo en un mundo desconocido donde todo me causa estupor.

Paseo por los días con una liviandad nunca vista, todo es insignificante, nada requiere de mi atención. Lo trivial se hizo cotidiano.

Es cierto que solía odiar todo, hasta mi propia existencia, pero aún en esos términos, prefiero quedarme con el gusto rancio de la realidad que sentirme insípido frente a todo.

Lo cierto es que este disfraz es efímero, ¿cuánto tiempo podré engañar mis heridas? Cuando menos lo espere, volverán; siempre me encuentran.

El que no me acompaña

Paola Sofía Araya Lines. San José, Costa Rica.

Razón inexplicable
Gran desprecio
Esperando y no por mí. ¿Qué más allá afuera?
No más que en mí, adentro
Pequeños tormentos bondadosos.
Busquémonos entre la seda del sol y encontrémonos el más allá.
Solo no dejes de intentar, ahí es donde todo se irá,
se abrirán puertas del corazón.
Y florecerán amores en lagos de tus ojos, solo a segundos
de cerrar el paso de esta gran luz.

Un 13 de

Paola Sofía Araya Lines. San José, Costa Rica.

Se siente como estar en el llamado infierno.
Un lugar muy incómodo para respirar
El lugar más frío y
yo era la única que ardía en él.
Yo podía sentir el fuego consumante de mi pecho,
Y agua muy salada que pasaba de mi garganta ardiendo heridas.
Ese infierno era peor que ver mares de sangre humeante.
Era peor que verte arder por mí, verte allí afuera
O al lado mío sintiendo el mismo frío infernal.

¿De qué tratamos?

Paola Sofía Araya Lines. San José, Costa Rica.

No entiendo como tal infierno podría ser atractivo.
No entiendo el placer de nuestra sadicidad pasional,
así como la misma “pasión” no tendrá sentido.
Pero, ¿en qué lugar era digna la simplicidad?
¿Realmente era un sentido o se trataba de la misma pérdida de vida?
Porque ni mi vida misma encontraba el punto luego de estos tres
puntos finales que sabíamos eran de procedencia infinita. Pero
incluso en tal infinidad cabía semejante pasión explosiva.
Entonces, ¿de qué tratamos?

Todas las eras

Álvaro Rodrigo Morales Trelles. Monbahus, Francia.

Todas las eras en una nota
todos los bosques en un vocablo
cada día un huerto de aguas
nutre la seda del ojo
y así te encuentro
mientras soplas la brisa
que lava mi pecho y yo escondido me siento
en el recuerdo
todas las manos cuando me miras
todas las nubes cuando te vas
el poeta habla con la muerte
y vive para contarlo
me callo para escucharlo
hablar de tus desvelos y tus flores
lloro azul y corro niño
por las faldas del momento
todas las llamas en una boca.

Recuerdo mi infancia y

Álvaro Rodrigo Morales Trelles. Monbahus, Francia.

Recuerdo mi infancia y está la montaña
cada amanecer es animado por su imagen
así como cada final de juego por su sombra
es guardiana y protectora
es quien me hace limitar con las estrellas
es el soporte de mis sueños
el pórtico entre mi risa y mi llanto

Si alguna vez me arriesgué perdiéndome
fue simplemente por querer obviar su altura
Ella es quien me enseña que mi norte es el este
que la oscuridad en ella se extingue
que el mapuche es un hermano
que el alerce sostiene el firmamento
que de arcilla es la piel de los diaguitas
que los selknam navegan sus nieves
que sacia su sed en el Chungará
que TenTen y KaiKai son sus extremos
que mi sangre es RHAmericana
que la momia de Chinchorro guarda mi voz

Recuerdo al gallo mañanero en sus faldas
y a cada recién nacido luego de beber de su cuarzo
Cada pichanga en su meseta altioplánica
terminaba con chicha de sus quebradas
con un apretón de manos de chaskis nublados
con un kintu para recuperar las piernas
de tanto challar nuestras semejanzas

Un día me indicó seguir sus Ojos del Salado sin brújula
diciéndome que el Llaima alumbraría mi noche
para despertarme en un baño de Loa
Dijo que conocería al abuelo Lonquimay

dibujante de las arenas de mi juventud
Si alguna vez me olvido de mirarla al oca
es simplemente pues me abrigo en su Aconcagua

Una vez le dije que partiría lejos
para sentir el calor del Tupungato
y la mirada del Bio-Bio.

Caigo dos

Álvaro Rodrigo Morales Trelles. Monbahus, Francia.

Caigo dos gotas inundan
la hoja las hojas de suelo se cubren
de agua se muere
la sequedad de mi sombra
entonces caigo otra vez
y tocar el suelo se convierte
en horizonte llorado
el anhelo cuando se vive
las alturas
donde las gotas tocan
sin lluvias ni ventiscas
caigo decidido de odiseas
erguido de soledad y pasión
de besos insondables
al filo de la vela me lanzo
maduro
con una capa de plomo
dispuesto hacia la estrella
que llevo después de tantos otoños.

Debo reconocer

Álvaro Rodrigo Morales Trelles. Monbahus, Francia.

Debo reconocer mi falta de ciencia
 hoy por hoy me considero
 rara maleza en un campo
alborotado todos los caminos se asemejan
 entre sí en lo correcto hago una pausa
 respirar es cuestión de Estado
 sin gobiernos oculares que predigan
la historia la irreverencia es intraducible
 hablar cara a cara borra todo
 vestigio de monedas no hay más
relucir que el del iris en búsqueda de altura
 ¡mírense! ¡bailemos!

la consigna nos rodea nos respira
 su aire de antaño se quita
el delantal y da vueltas arriba del sol
 ¡escuchen bien somos nosotros!
 nos lo dice el lago lejano
 de cada pensamiento
 en calma se sabe escuchado
(quién no lo haría me pregunto
 luego de reconocerse en rotación).

Ir para regresar

Alessandra Mireles Rafael. Teoloyucan , México.

Cuando me escribo...

Fue entonces que comencé a caer, era oscuro, solo podía aferrarme a mirar la luz de afuera de esa pequeña brecha, pero se alejaba cada vez más y más, yo seguía cayendo, caía muy rápido, hasta que, de pronto, todo se volvió lento, el frío erizaba mi piel y cuando la oscuridad se volvió absoluta, la luz comenzó a brotar, brotaba de mí, puntos azules llenaban mi cuerpo e irradiaban luminosidad, entonces la oscuridad se fue, y para mi sorpresa, ya no era solo un hueco estrecho y frío, y aunque seguía cayendo, ante mí se extendía todo un nocturno paisaje, ahora estaba cayendo al lado de enormes árboles sin fin ni raíz, cerré los ojos un momento, relajé mi cuerpo y me deje caer, ya no hubo resistencia de mi parte, me sentí ligera ante el vacío y acepté mi camino. Abrí los ojos y ante mí vi el más hermoso día en el más hermoso prado, mariposas de colores volaban alrededor de mi cara, flores caían junto conmigo, y pequeñas letras se pegaban a mí, pero no podía leerlas, no podía leerme, quería verme. Cuando voltee hacía abajo, de repente y tan rápido como un recuerdo que pasa, me invadió un sentimiento extraño de alegría, pero también de añoranza, de algo que seguramente aún no pasaba, ¿Qué será?, ¿quién será?, entonces comencé a llorar, pero me sentía tan feliz, me sentí tan real.

El tiempo pasaba rápido y maravilloso aquí, mientras seguramente seguía siendo lento y monótono allá, deseaba poder quedarme cayendo por la eternidad, pero sabía que en algún momento debía aterrizar. El momento había llegado, contemplé el suelo y, apoyando un pie y luego el otro, supe que había llegado, ¿adónde?

El paisaje era de primavera, el pasto verde y los árboles frondosos, todas las rosas en flor, la tarde estaba llegando y el sol se estaba ocultando, caminé receptiva a la maravilla natural, caminé buscando, buscando encontrar algo que aún

debía averiguar, fue entonces que a lo lejos vislumbré dos destellos luminosos, plateado y dorado, corrí hacia ellos, corrí emocionada. Cuando al fin llegué hasta donde estaban, supe, aunque de manera inconsciente, que justo ahí estarían, bajo dos grandes árboles mirando al lago que frente a ellos ondeaba, esperando pacientes a que los encontrara tras haberme elegido ellos a mí. Al estar frente a frente los miré, supe de inmediato quiénes eran, me recibieron. La creatividad, hermosa luz dorada, la inspiración, deslumbrante y plateada, me tomaron de la mano, me dijeron que siempre estaban, y que el recorrido tan largo solo era necesario de vez en cuando, debía hallarme luego de perderme, buscarme entre las hojas de los diarios olvidados y así poder leerme, me dijeron que cerrara mis ojos, pues ya era hora de volver, pero que no regresara por el agujero, que simplemente caminara hacia ello a lo que quería llegar, entonces camine, cerré los ojos y ahí me encontré. De vuelta estuve, regresé.

Amores del olvido

Alessandra Mireles Rafael. Teoloyucan , México.

Cada tanto le escribo a mis amores del viento
A mis amores del olvido.
A los amores que ya me olvidaron
A ellos les escribo.

Buscamos en el cielo las señales de los sueños
Recogemos del suelo los recuerdos
Y en frasquitos rotos los ponemos
¡Entonces ahí los veo!

Les cuento mis historias
Les lloro en mis canciones
Les escribo entre mis hojas
Los guardo entre emociones.

Por las noches me murmuran
Abro los ojos y ellos se esfuman.
En millones de fragmentos se rompen sus recuerdos.
Me liberan de las penas
Me llenan de momentos.

Se acumulan
Me encapsulan
De nuevo me toman
Mis ojos les lloran.
Ya no me abruman
Se esfuman.

Despertar

Diego Caroca Lagos. Santiago, Chile.

De pronto aparto la vista del televisor y miro a mi familia, sentada en los sillones. Se quedaron dormidos, y decido tomarles una foto para reírme de ellos más adelante.

Pero cuando tomo mi teléfono, el perro del vecino suelta un ladrido y todos se despiertan de un salto. No puedo evitar reírme.

Comento que los pillé durmiendo y que estuve a punto de sacarles una foto; y mi hermano responde: "No, estábamos despiertos. Tú estabas dormido y soñaste que nos pillabas durmiendo, pero sólo fue un sueño tuyo".

Tiene razón, sólo es un sueño, y hay que despertar.

Abro los ojos.

Estoy sentado en el mismo sillón, en el living, con el televisor encendido; pero a mi alrededor no hay nadie. A todos se los llevó el Covid; estoy solo.

Maryland

Mateo Rafael García-Herreros. Quito, Ecuador.

Navegando en un mar de mente
Sobre una barquilla de sentimentalismo
Los Vientos del Sur ya se sienten
Exaltando cualquier eufemismo
El oleaje se agita con fuerza
Mas el bote brioso lo domina
Las puras emociones se versan
Y las magnas olas alcanzan la cima

A lo lejos el sol aparece
Al igual que los grandes navíos
Los alegres versos se entristecen
Cuando el mar de fuego se atavía
Eterno infierno inmisericorde
Que a las mareas enloquece
Consigue que la conciencia se desborde
Y la débil barquilla se encandece

El fondo está lleno de peces
De colores tan vivos que intimidan
Con sus cantos el mar ensordece
Mientras el banco la luz lapida
Sin embargo, yace solitario
Al fondo de todo el cardumen
Un pez sierra en interno santuario
De imponente y sagrado volumen

Con su sierra devolvió de luz la superficie
Y al salir se veía una bandera
Que deseosa que el viento la acaricie
Entre las llamas danzaba sin que la hieran
Las olas hasta el sol se levantaban
Y desde el sur soplaba el ventarrón

La poesía a la brisa regresaba
Y esa veloz barquilla volvió a la acción.

Sobre hadas, dragones y hombres solitarios

Mateo Rafael García-Herreros. Quito, Ecuador.

¿No has pensado alguna vez
Oh, valiente caballero,
En qué depara al horizonte
Tras cruzar el mundo entero?

¿No has dilucidado acaso
Durante recias cabalgatas
Quién te espera en el ocaso
De esas andanzas insensatas?

Pues tras vencer a mil dragones
Y bañarte con su sangre
Entre tesoros y diamantes
Hay una llama imperante
Ahí, en medio el medio de tu pecho
Atravesando tu armadura
Internándose en el trecho
Donde se oculta su hermosura

Es un tesoro inalcanzable
Que brilla más que el Santo Grial
Ni Excalibur ni cualquier sable
Lo habrá de destrozar

Son esas hadas de Ávalon
Cuán potente su dulzura
Entre sus brazos ya descansa
El moribundo Rey Arturo

Sabiduría inconcebible
He de beber de tus aguas
Que su pureza marginada

Sacie al triste Gallahad

Y es que ni cientos de tesoros
Ni corazones de dragón
Sirven cuando tu rumbo
No dirige hacia Ávalon
Y en tus tristes ojos noto
Tras escuchar este lamento
Lágrimas de Lanzarote
Cáliz de arrepentimientos

Eso es, oh, triste jinete
Lo que nunca espera en el ocaso
Tras las largas cabalgatas
Solo el llanto del fracaso
Esa espada sobre la piedra
Nunca la podrá sacar
Ni el más valiente caballero
De esta lúgubre ciudad.

Pensilvania

Mateo Rafael García-Herreros. Quito, Ecuador.

Soy solo un simple obrero
Mi día gira en torno al martillo
Yo hasta el fin de mes espero
Para agrandar mi bolsillo
Mis manos huelen a cera
En mis brazos hay astillas
A nadie importa si muriera
Construyendo aquel castillo

Soy solo un simple soldado
De servicio obligatorio
Del campo a mí me han sacado
El fusil ahora es mi accesorio
A la batalla me han lanzado
Cual rata hacia el laboratorio
Y ni en mi lecho habré alcanzado
A los héroes en su escritorio

Y así la historia continuará
Más grandes hombres llegarán
Y su entrada al paraíso
Mil manos construirán
Y su ascenso lo resguardará
Un ejército infinito
De miserables jovencitos
De los que nunca se hablará
Y en este reino de justicia
Dictarán todas las culturas
Que desde la concepción misma
La virtud posa desnuda
Y condenado está todo aquel
Que sin el gen dorado nazca
Pues creará él la tinta y el papel

Donde la historia el bendecido plasma

Oh, mundo dispar
¿Hallaste el motivo
Del largo dolor?

América Libre, América Herida

Mateo Rafael García-Herreros. Quito, Ecuador.

¡Levantaos, oh, hijos del suelo!
¡Que la gesta libertaria os anima!
¡Elevad vuestros fusiles hacia el cielo!
¡Y marchad ante esa heroica cima!
Las bayonetas con honra montad
Mientras la Gloria os mira desde lo alto
Brotará su sangre en nombre de la Libertad
Y sus almas se alzarán hacia lo Santo
Poneos las azules vestiduras
¡Y elevad la tricolor invencible!
Ya acabarán todas vuestras desventuras
¡Pues morirán por una América Libre!

Pero, ¿cuán válida es la sangre?
¿Cuán digna la odisea?
¿Cuán puro el estandarte
Que sobre cadáveres ondea?
Porque esos sables de heroísmo
Que rompieron nuestras cadenas
Devolverán el despotismo
Tras acabar todas las guerras
Esos héroes, de azul vestidos,
Son mera carne de cañón
De falsos dioses, fratricidas
Y su supuesta ilustración
Oh, mi América amada
De tanta sangre te has cansado
Pues te ha dejado atrapada
En un eterno legado

¡Levántese, hijos de los Andes!
Recuperemos el Trono Dorado
Acabemos a los tiranos tajantes

Que por siglos han esclavizado
Porque la furia de las masas
A la tiranía habrá vencido
Y acabará con las amenazas
De nuestra América Herida.

Domingo en la mañana

Andrea Paulina Hazbun. Santiago, Chile.

Estamos en la Iglesia de Los Leones, lo que es bastante raro ya que nunca venimos. También es extraño que la iglesia esté situada al norte de Providencia, y no al sur, como ha sido siempre. Sé que es verano, porque siento el calor en mis brazos desnudos. Estoy parada en una de las filas del medio, apoyada en el respaldo del banco que me precede.

Semi lejos, en el altar, puedo ver a mis padres. Están parados de espalda hacia mí, pero los reconozco. Mi mamá está a la derecha, con una mantilla blanca sobre su pelo negro, que le cae por la espalda hasta la altura de las rodillas, a modo de velo. Mi papá está de traje oscuro, como el que se pone para ir a un matrimonio, y aunque no veo su cara, sé que tiene los lentes puestos.

Se están casando; tienen a un sacerdote parado delante de ellos, que está oficiando la ceremonia. Me parece tan raro, nadie me ha avisado, creo que hasta llegué por casualidad. Al lado izquierda de mi papá está parado mi tío Nagib, con su clásico traje azul con rayas que se ha traído desde Londres. Su cuerpo redondo y alegre, su cara brillante de desfachatez, y su sonrisa ladina a la que le falta el puro colgando, aliviana la angustia que estoy comenzando a sentir.

La ceremonia es bastante rápida, o yo he llegado tarde. Tampoco hay muchos invitados. No reconozco a nadie más de la familia. Mis padres no tienen ninguna intención de agregarle ritualidad al evento ya que, al terminar de officiar el cura, se dan media vuelta y salen caminando a paso poco ceremonioso. Mi tío Nagib los sigue detrás, como un paje. Van tan rápido que no alcanzo a reaccionar, y debo correr para no perderlos.

Afuera en la calle los tres caminan a la par. Se ve gracioso como siguen rumbo mezclándose con los transeúntes que vitrinean, pasando totalmente desapercibidos. Pero mi trote tras ellos porque algo me molesta. Mi tío y mi papá han

cambiado de lugar. Ahora es Nagib el que está a la izquierda de mi mamá, y mi papá a su derecha. No pasan muchos segundos cuando mi padre comienza a quedarse atrás, y después de un par de pasos, se ubica justo detrás de ellos, al centro. Algo en mí empieza a doler.

Mi mamá camina como si fuera lo más natural ir del brazo de Nagib, y no del de Faik. Mira hacia adelante, sonriendo, calmada. De a poco, al ver su cara, me doy cuenta de lo que ha sucedido. ¡Se ha casado con Nagib! Por eso mi papá va detrás; se han intercambiado. Ahí me quedo parada, llena de estupor. De ahora en adelante mi tío tomará el lugar de mi padre, y mi padre... el de mi tío. Lentamente comienzo a comprender que, entonces, se irá, como hace mi tío todos los años. Solo que mi papá no se irá por unos meses, se irá para siempre. ¿Pero dónde? A recorrer el mundo.

Un dolor muy grande se comienza a apoderar de mi cuerpo. Empieza en el estómago, y me lo estruja, doblándome sobre mí misma. Sube al pecho, hundiéndolo, haciéndome imposible respirar. El dolor se convierte en color, y comienza a teñir todo lo que veo. No puedo escapar de él, tendría que escapar de mi propia mente. De pronto el mundo se ha vuelto una pesadilla. Como un vaso que rebalsa comienzo a llorar. En principio es suave, un desahogo, pero después se convierte en una tormenta que se alimenta de sí misma. Mientras más lloro, más siento la desesperación de que no hay escapatoria.

Decido abrir los ojos, y mi cara se llena de luz. Es el sol que entra por la ventana, caliente a pesar de ser invierno. No me extraña estar en mi cama, sentada, tapada a medias por una colcha. Fue un sueño, lo sé. Pero la claridad de eso se disipa al reconocer que la angustia sigue oprimiendo mi pecho, obligándome a sufrir. El llanto no se interrumpe, sino que se intensifica. Mi papá se va a ir, y ese pensamiento me abre una herida como si fuera un cuchillo que me parte en dos. ¿Y con esa herida tan grande abierta, quién puede vivir?

Alcanzo a ver la hora. Son las 9 de la mañana de un domingo de julio de 1995, y sé que mi papá se va a morir. La idea es tan dolorosa y tan inconcebible, que su certeza es

como una cachetada que me pega sin misericordia. Creo que no voy a poder soportarlo y trato de gritar, llamarlo a él, para saber que está bien y que todavía está aquí. Pero he perdido totalmente el dominio de mi cuerpo, y me convulsiono en la cama de dolor. Sé que morirá. Me tapo la cabeza y muerdo la sábana, para que los gritos se ahoguen. No quiero que nadie me escuche, que nadie se entere de lo terrible que viene. No quiero repartir el dolor.

Pasan dos horas enteras, hasta que soy capaz de callarme y dejar de llorar. Nadie ha venido a verme. Es que es domingo, y me han dejado la puerta cerrada para que pueda dormir más y descansar. Ahora estoy lista, mi cara está seca, lo rojo se ha ido, estoy en control. Me siento y con la mirada busco las zapatillas para poder levantarme. En ese momento se abre la puerta y veo la cara sonriente de mi papá. “Buenos días Andreíta...”. No puedo contestarle, solo sonrío. Es mi papá, lo quiero, se va a ir, lo sé. No entiendo una vida sin él, pero no hay nada que pueda hacer. Ya está escrito. Me paro de la cama, y comienzo mi día, esperando lo que va a llegar.

Osado reencuentro

Dora Lema Olavarría. Florida, Estados Unidos.

Me senté en una banca que encontré allí; venía rendida con la sola idea de encontrarlo; confiaba en los datos que me habilitaron; era un ferviente deseo del corazón. Ya estaba adivinando cómo me recibiría; al preguntar por él no sabía cómo hacerlo; le debía toda mi fuerza y mi gran esperanza. Encontré mucha gente a su alrededor, requería esa conquista y embeleso. ¡Me miró con aire de seducción! No lo entendía si lo veía como un sol gigante. Su lenguaje tibio, lento, pero inteligible, me lleva a abrazarlo tiernamente; trató de rozar mis labios seductoramente y no se lo permití.

Era una respuesta al fin, solo era un impulso; tórrido mensaje es el que estaba ofreciendo que ayudó a mi conciencia limpia y trasluciente a alejarme de su profundo dominio y fascinación. Me dije: “No entiendo su alma y su mente genuina”. Era como una gravitación a mi alrededor de dónde provenía su entereza y debilidad; volaba ciertamente hacia el querer y desear. Iba a pasar mucho tiempo después de la escena como contemplando sus deseos encubiertos cuan lejanos y vertientes hilos de sangre que fluían; no lo había adivinado ni siquiera profetizado.

Mientras tanto, contemplaba su atrevido consuelo; no lo entendía aún. Allí frente a su presencia, me decía: “Es un ser humano osado y confuso, quien disfrutaba de esa magia y aturdimiento”. No lo podía felicitar siquiera, pero tenía encargos que lo iban a entusiasmar en sus intereses y ganancias, eso era lo único que lo podía detener en su perfecta exaltación a la vida.

No creía en Dios y su desencanto era explosivo; era como un niño quien carecía de formación; no tenía la culpa; era la sociedad que lo condenaba por su incipiente instrucción, pero con mucho saber. Ya no podía cautivarme fortuna alguna, porque estaría a mi lado toda una vida.

Sus muchas cartas

Dora Lema Olavarría. Florida, Estados Unidos.

Hubo decenas de cartas voluminosas que no entraban en mi armario, no sabía cómo ordenarlas, eran hojas blancas delgadas escritas y de muchas páginas, provenían de un ser idealista que construyó rápidamente esa conexión, como una ilusión bella que te lleva al torbellino del ensueño.

Me sentí en ese momento la interprete pasiva de esta historia; era su sueño no era el mío; lo contuve sin aclaración; era un devenir de ideas tibias que le invadían; él había imaginado toda esta fantasía.

No conocí su sentir ni antes ni después que las recibiera; me sorprendía y me cuestionaba muchas veces; no hubo promesas, tal vez ilusión, el subir a una estrella con un amor puro lleno de magia y sorpresa interrogación.

Como sedientos soñadores hubieron miradas y encantos en sus palabras; no supe qué hacer con las cartas, nunca podía terminar de leerlas y menos de entenderlas; me cuestionaba si “habría algún ser así que imaginara y trasladara en su propio mundo a pensar como lo estaba narrando en ellas”.

En un momento creí que era un cuento de hadas que me lo estaba pintando así un ser extravagante e irreal, me sentía como una princesa de lo más increíble que se escuchaba en esos días; me preguntaba si yo era capaz de desatar unas palabras y hechos tan inverosímiles.

No lo pude aceptar hasta que alguien me dijo “que sí, era cierto; estuvo embelesado por un amor de fantasía que nunca se dio”.

Ahora me pregunto: ¿Cómo me encandilaría con un ser así? Me mostraba un paraíso que tal vez nunca existiría; la realidad tendría que contar por qué él no fue capaz de decírmelo directamente a mí. ¿Qué lo intimidaba tanto? Me reclamaría varias veces dentro de mí por qué nunca le respondí.

Me queda un sabor falaz en todo ello; hubiera preferido cuestionarle su personalidad y qué tipo de amor le suscitaba

su corazón; cuánto de verdad y entrega sería capaz de engendrar. Yo no podía hacer eso, tenía que respetar lo propio de su sentimiento.

Allí comenzaría un amor sin sentido. ¿Si hubiéramos desnudado nuestras almas, si nos atreviéramos a definir lo que deseamos? Nadie lo hace porque es penoso; requerimos abrirnos, ser sinceros con nosotros mismos y encaminarnos en esa búsqueda incesante del amor.

En algún sitio estará recordando que un bello día se ilusionó con alguien que jamás le retornó su desvarío; ella se encontraba en sus propios tesoros que estaría construyendo.

Alma atormentada

Dora Lema Olavarría. Florida, Estados Unidos.

Una bella chica gritaba una noche muy oscura; no había nadie quien la auxiliara en su dolor; era tan fuerte el impacto que causaba alrededor que quisimos ayudar y llegar pronto hasta su casa.

Mientras tocábamos su puerta, me preguntaba: ¿Qué podía estar sucediendo en su alma inquieta? Tal vez en un instante, quería estar en su lugar y hacerle muchas otras preguntas.

Estaba segura de que algo la turbaba y maltrataba; no sé si era su inocencia plena o su inexperiencia, pero sí la conocía profundamente: era movediza y tierna como las aves que no poseen un nido seguro.

Aguardaba su respuesta, por lo menos saber acerca de su tibio respirar y belleza ingenua que asomaba ligeramente. Se escuchó una voz suave y aguda. ¿Quién llama a mi puerta con tanto empeño?

Me sentía un tanto nervioso al invadir su privacidad, pero preguntó:

- ¿Qué desea a estas horas?

Le dije:

- ¿Qué puedo hacer por usted? Estoy aquí para aliviarle su pena, ¿qué necesita que haga?

Estaba allí decidido a mejorar su existencia y nadie me lo iba a impedir.

- No me iré de aquí hasta resolver alguna de sus zozobras -dije.

- Gracias Señor, me halaga mucho su interés, nadie hasta hoy había intervenido de esta manera; ¿qué tengo yo para que usted me brinde su ayuda? Ahora no le puedo contar mi aflicción, pero mañana lo buscaré y le narraré mi pena.

La conocía cada semana; la veía caminar a la plaza, sentarse en una banca, permanecer por horas; tal vez esperaba a alguien importante en su vida; me iba alejando porque ella estaba con la mirada perdida en el horizonte, no había quién

le cambiara esa opacidad y búsqueda de algo.

¿Qué escondía en esas horas de silencio?, ¿quién podía marchitar su noble espíritu?, ¿podría ser que buscara a su madre?, ¿a su amado o alguien muy cercano a ella? Al día siguiente ya regresando, me topé con ella y recordándome, me dijo: “Acompañeme, quiero mostrarle algo”. Yo solo la seguí, sin responderle nada.

Fuimos hasta el bosque cerca de allí; me señaló un lugar donde había una piedra pequeña, una flor roja seca y un anillo. Nos sentamos y me empezó a contar una historia de un amor, y que tuvo que viajar lejos de allí a la marina hacía muchos meses y no sabía nada de él. Por eso, su corazón gemía y se sobrecogía el pensar haber perdido el amor de su vida, de quien estuviera tres años enamorada hasta que llegó el día que tuvo que partir.

Algo muy aterrador le afligía su ser; no quería ni pensar que podría estar muerto y ella sin saber nada ni adivinarlo. Su alma blanca se encogía de tristeza, aunque tenía una leve esperanza, nada podía hacer, más que aguardar su llegada que alegraría su alma.

Y si estuviera herido o imposibilitado de caminar, ella se hundiría en esa aflicción, muy lejos del terreno donde estaría su amado sin poderle llevar algunas palabras de consuelo y de paz.

Yo no tenía palabras de aliento; las pocas que tenía no sabía cómo utilizarlas, pero luego pensé y le dije: “Es algo hermoso que tenga a quien esperar; su amado sabe evidentemente que alguien lo aguarda, no se desaliente, no tiene seguridad de que algo malo le ha pasado, no lo diga, no lo afirme”.

Era lo único que le enseñaría a esperar en el amor; su respuesta llegará, alguna carta o misiva vendrá a usted y restablecerá su alma; en el amor se da todo y no sabemos qué recibiremos a cambio; a veces es el perfume, las palabras o los cabellos del que se fue, como un bello regalo.

La idea principal

Diana María Alcántara Pizarro. Lima, Perú.

Pensamientos en hueste hay persiguiéndome
como si hubiese secuestrado la idea principal.
En mi mente cual desván cerrado, corren, agitados,
entre cuadros de óleo en lienzo que salpican tempestad.

Desde esta estancia casi vacía,
del color de un caos impensable,
veo cortinas que no cubren ventanas,
y tímidos vidriales que desnudos
miran sin mirar a ninguna parte.

Un cuerpo semi inerte en el umbral se mueve,
y una piedad de piedra doliente
se tiende a acariciarle.
Un dolor anestesiado se envanece
en desmedro de todos sus pesares.

Un bibelot reconstruido,
descansa malherido
en un pedestal,
junto a un tótem deshonrado
por una fe blasfema
que ya no sabe rezar.

Cae al suelo un grueso álbum,
con una sola foto,
...una foto inmortal,
muriendo al mismo tiempo
que un sonido sordo grita:
“¡no quiero morir, temo a la muerte!”
Y no se oye más...

Un fuego arde a lo lejos, sin deseos de abrigar

y de cerca quema, como si solo supiese odiar,
desde una esquina lo veo, imaginando su calor en la oscuridad,
mirándolo fijamente, con mi verdadera forma de mirar.

De pronto un viejo pensamiento me toca,
Pero no es la idea principal.

Los poetas han muerto

Diana María Alcántara Pizarro. Lima, Perú.

¡Los poetas han muerto! ¡ya no hay poesía!
Hay muerte y sed en el campo
donde hay corazones que ya no palpitan...
En el desierto de los incomprensidos
cabalgan versos a un ritmo suicida
hacia los campos de corazones abortos
a los que ya no conmueve más la vida.

¡Los poetas han muerto! ¡Ya no hay poesía!
Hay sequía en los campos sangrantes
son pocos los versos que llegan con vida
a cultivar en la bohemia tierra
¡La misteriosa poesía!

...¡Los poetas han muerto! ¡Pero hay poesía!
¡En el afán de entonar un poema!
En el sentir de una causa muerta
¡Que vuelve a la vida!
En esa parte del alma que se estruja
cuando su palabra en el fondo dormida
¡Se despierta con un verso...
que le habla de ella misma!
...Y un nuevo canto comienza,
¡Los poetas no han muerto! ¡Aquí hay poesía!

Callejones de un corazón

Diana María Alcántara Pizarro. Lima, Perú.

Como la esquirra de un suspiro quebrado
o el hilarante sueño de un trovador,
se halló solitario un recuerdo de antaño,
en los callejones de un corazón.

Yacía en el suelo... todo mojado
con mirada perenne, mirando a su dios.
Se oyeron susurros: “¿Ya estará muerto?”.
Veían el cuerpo... mas no su interior.

Entonces el miedo escuchó en el silencio,
pero en ese instante la mente insistió:
“No hay más remedio, era un abyecto,
mejor que se marche, despedámonos”.

Irguióse el miedo con descontento
siguió tras la muerte sin motivación
y su paso detuvo con desconcierto
al escuchar el eco de su propia voz.

Sonriendo de pronto, dijo contento:
“¡No tengo miedo de ser quien soy!
me he escondido por mucho tiempo
porque existiendo causaba dolor...”

...Me enamoré tanto de la muerte
y la anhelaba con excitación...
pero por ti, mente lunática...
por ti, perdí la razón”.

En ese momento un silente suspiro
de la mente, en el tiempo quedó...
y acercándose al miedo le dijo al oído:

“Ilógico ser, vente conmigo,
si no eres tú, tampoco yo,
estemos juntos toda la vida,
prometo cuidarte como lo hice hasta hoy”.

Poema del vino

Diana María Alcántara Pizarro. Lima, Perú.

He descorchado un poema
para saborear sus versos
y en mi mano una copa está vacía
con sed de sentimientos.

Y me pregunto ¿a qué sabe un poema
macerado en los recuerdos?
Y me pregunto ¿a qué sabe un poema
destapado antes de añejo?
Y me pregunto ¿cómo sabe aquel poema
que fue olvidado por el miedo?
¿A partir de qué línea se embriagan
las rimas con los versos?

Y me endulzo la boca
en un recital silencioso.
Y mi sedienta copa
su sed va menguando.

Entre recuerdos macerados por la vida
en una vida que no maceran los años
y me pregunto a qué sabe este poema...
cuando lo beben tus labios.

*Poema publicado originalmente en 2018 por la editorial Don Juan de Amiel, en su Antología Poética: "Walkie Talkie Casero ¿Mis Amigos Tienen Algo Que Decir?". Lima. Perú.

Sombra de papel

Diana María Alcántara Pizarro. Lima, Perú.

Una sombra ha sacudido
las cortinas de un recuerdo
y de rojo se ha pintado
su corazón de papel.

Cuando un diario perdido
muerto hubo en desacuerdo
y el tintero derramado
fuese hallado sobre él.

Pedazos de inocencia
yacen hoy en el madero,
en el madero inmortal
del cruento recuerdo.

Pero el paso del tiempo
¡Ay! el paso del tiempo...
Va volviendo a mirar,
lo que fue verdadero.

Ya la sombra ha sacudido
una lágrima de un recuerdo
y en secreto se ha arrugado
su corazón de papel.

La esperanza se ha perdido
y un poco tal vez el miedo
que cabalgando ha llegado
para escribir en él:

¡Esperanza!, ¡no desesperes!
¡Espera tu corazón andar!
¡Que la espera cansa y atonta!

¡no vaya al corazón soltar!

La sombra unos versos ha encendido
viejas palabras para recitar
Han candiles moribundos renacido
Su corazón ha vuelto a palpar.

Vaticinios de muerte

Diana María Alcántara Pizarro. Lima, Perú.

El arte incomprendido de mi vida
Se derramará en mis sábanas de llanto
Y la locura aherrojada ya en mi frente
Hará sonar las cadenas del encanto.

Los colores destendidos que transcurren
Al ritmo parsimonioso del silencio
Goteando en marcha fúnebre se funden
En un sórdido mensaje de desprecio.

Entrarán entonces a una habitación dormida,
Donde solo existirá la peste del humano sin alma.
Encontrarán las huellas de un propósito marchito.
Junto a un lienzo encarnado de rotas palabras.

Palabras tiernas, quedas, silentes
Palabras que no salvó la poesía
Inconsolables criaturas inocentes
Embriagadas todas de la muerte mía.

El universo dentro de mí

Javiera Constanza Cofré. Santiago, Chile.

Soy flor que se marchita y florece
A veces me detengo
Y luego vuelvo a crecer

Soy océano con grandes profundidades
Mira mis tormentas
Y mis aguas calmas

Soy universo
Misteriosa e infinita
Las estrellas brillando iluminan mi ser

Soy el viento que viaja sin rumbo
Y acoge en sus brazos
Al ave que soy
Que vuela en libertad

Soy río, soy agua
Fluyo, no me tengo

A veces soy pequeña
Y otras la luna
No brillo todos los días
Pero me amo en todas mis fases.

El ave que vivía en un espino

Javiera Constanza Cofré. Santiago, Chile.

Los lagos se han secado
Después de tal caudal que solían tener
Montañas se han derribado
Tornados arrasaron con todo
Pero yo me mantengo firme

Todas las hojas de este árbol han caído
Duraron seis años aquí
Las vi caer a cada una de ellas
No fue fácil dejarlas ir

Él construyó una jaula en este espino
Se fue y me dejó aquí todo este tiempo
Muchas espinas me han hecho daño
Pero siempre cuidé mis alas
Todas mis heridas están sanando

Sentí temor tanto tiempo
De esta jaula en la que vivo
Y de este frío árbol
Que sentía haber olvidado cómo volar
Pero la magia siempre estuvo en mí

Un día me di cuenta
De que aquella puerta siempre estuvo abierta
Él no la dejó cerrada con llave
Siempre he sido libre
Pero el miedo y el dolor me mantuvieron cautiva

Es momento de irme
De volar a otros lugares y crecer
Me paro al borde de la puerta
Con un cruel pero bello mundo en frente

Extiendo mis preciosas alas
Y vuelo lejos
Cada vez más
De la jaula y ese horrible dolor
Para no volver nunca más.

Amor en tiempos de Covid-19

Javiera Constanza Cofré. Santiago, Chile.

A veces me pregunto
De dónde has venido
Dónde estabas mientras yo vivía mi vida
Tan lejos
Y tan cerca a la vez

¿Llegaste en el viento?
Has viajado desde lejos deslizándote lentamente
¿Vienes acaso en el polen de las flores?
Que caes sobre mis pétalos suavemente
Cambiándolo todo

¿Que se sentirá tocarte, amor?
Deseo como el agua recorrer tu piel
A qué sabrán tus besos en mis labios
Y sobre todo mi cuerpo
Serán acaso tan dulces como el sonido de tu voz

A veces me pregunto si eres real
Cuando pasas a través de mí
Como el arcoíris en los cielos
Y entonces iluminas, sanas
¿Tienes magia?

A pesar de estar lejos
Florece cada uno junto al otro
Y puedo sentirte, cuando me abrazas
Cuando me sostienes
Ya todo está en paz.

Mi flor favorita

Javiera Constanza Cofré. Santiago, Chile.

La flor más hermosa de este jardín
Creció un día sin previo aviso
Su tallo fue enredándose por mi cuerpo
Y sin notarlo ya era parte de mí

Sus bellos pétalos besan mis labios
Sus hojas me envuelven y sostienen a su lado
A la altura perfecta
Donde nos convertimos en una sola

Me he prometido cuidarla
Porque ella es única en este universo
Porque me quiere como soy
Y yo la deseo por todo lo que es

Me vuelve loca con solo mirarla
Y si no está pienso mucho en ella
Me he enamorado de sus hermosos colores
De su aroma y su forma de florecer

Bella, valiente, valiosa y fuerte
Delicada y dulce como el néctar de su alma
Jamás me atrevería a cortarla
Porque amo ver cómo crece
Sola, y junto a mí

Es compleja, mágica
Y aunque tiene espinas
Con ellas intenta protegerme
Me rodea con sus tallos, me cuida

Sus caricias saben a calma y paz
Su polen cae delicadamente sobre mi piel

Su amor es como subir a una nube
Y recostarse en la luna

Mientras le pido a las estrellas
Que la dejen quedarse más tiempo a mi lado
Y le agradezco al universo
Por ponerla en mi camino.

Lidiando con el monstruo

Lucero Martínez Vianchá. Soacha, Colombia.

Ha pasado mucho tiempo desde la llegada de aquel personaje enigmático y misterioso. El mundo se convirtió en trinchera y aún no hay un caballito de batalla que lo pueda vencer.

Hace frío y la soledad se cubre con el manto negro de la incertidumbre. Trato de mantenerme despierta, pero inevitablemente caigo entredormida en el abismo de los recuerdos; tal vez es culpa de ese álbum viejo y desgastado, que entre nubes de polvo, dormía triste y olvidado; tiene tantas historias que contar y tantos momentos sublimes que recordar.

El ruido inevitable de la nostalgia no me deja dormir, tropiezo con el pasado y las imágenes vuelan por los aires, como queriendo ser recordadas; están plagadas de niños traviesos, de amigos de infancia, de hermanos de sangre y de hermanos del alma: curiosos, divertidos, espontáneos, cargados de sueños. Me pregunto: ¿Dónde estarán ahora? ¿Estarán bien? ¿Sus familias estarán bien?

Transitando por el camino de las emociones y los suspiros, una fotografía se asoma en medio de la nostalgia; es el recuerdo de los seres queridos que no veo hace tiempo, y me pregunto: ¿Cuándo los volveré a ver? ¿Cuándo volverán las reuniones divertidas y elocuentes? ¿Cuándo regresarán los abrazos poderosos y efusivos? ¿Cuándo volverá la magia de las miradas y el poder de las sonrisas? ¿Cuándo regresarán los susurros y las canciones del alma?

Aún no existe una armadura poderosa que proteja la fragilidad humana, pero pronto: fuertes e inmunes regresaremos al mundo, más solidarios, más amables y más responsables, porque aun en la noche más oscura, el monstruo huye, el miedo se espanta y la pesadilla acaba; la oscuridad se transforma en luz y surge un nuevo día: más hermoso, más amable, más seguro y más feliz.

El último pan de la mesa

Marcos Puma. Quito, Ecuador.

Lunes 27 de abril del 2020 – 21:17 horas.

Mi nombre es Elías y me encontraba en la mesa del comedor con mi familia; acabábamos de tener una pequeña discusión por el último pan de la merienda. La cuarentena que estamos viviendo ha hecho que la comida sea escasa y muy sobrevalorada, aunque en este día hubo suficiente pan como para volver a repetirse dos piezas para cada persona en una familia de cinco miembros.

Por la mañana, la señora de la panadería tal vez se confundió al contar la cantidad de pan o fue aquella “yapa”, que antes del Covid era el arma más poderosa de los comerciantes ecuatorianos, era aquel incentivo, aquel regalo con el cual mejoraban su oferta de venta y hacía que los compradores regresasen felices por ese pequeño detalle. Un gran detalle.

Recuerdo que terminamos de comer y nadie se levantó de su puesto; estábamos pensando en qué hacer con la última pieza; todos en silencio como si se formulara la mejor excusa para ser la persona indicada que deba comer el último pan. Por mi lado, en mi cabeza vagamente volaban fragmentos de la discusión que había dado lugar en aquella mesa por aquel pan. Inconscientemente recordé un momento de mi vida, aquel recuerdo llegó a mí como otro sueño más.

Vivimos en un mundo en el cual existen jerarquías, personas que están debajo de otras personas y que son consideradas inferiores. Aunque vivamos en un mundo de igualdad, aquella igualdad es una falta de respeto en diferentes grupos o para diferentes personas. Aquella jerarquía la encontramos desde tu trabajo hasta la estructura de tu familia. Esto es muy importante porque al igual que yo, algunos de ustedes se identificarán con esta estructura de jerarquía.

La estructura de la que les hablo es una que existe en cada parte del mundo: la familia.

En un caso completo existen familias conformadas por un papá, una mamá e hijos y en otros una mamá e hijos, un papá e hijos, dos mamás e hijos, dos papás e hijos, un hermano/a mayor encargado/a de sus hermanos pequeños o simplemente un encargado/a que cuida de una persona menor; en fin, existen diferentes estructuras de familias y la estructura de mi familia es la siguiente; una mamá, un papá, dos hermanas menores y mi persona con el papel de hermano mayor.

Mi papá es la cabeza del hogar, es quien está sobre todos nosotros incluyendo a mi mamá; ha vivido con una sola idea la cual con el paso de los años poco a poco ha ido cediendo al cambio.

En mi remembranza recuerdo que era un almuerzo, un almuerzo de fin de semana con carne asada, gaseosas y música a todo volumen. Recuerdo que yo había preparado una pierna de pollo y la había puesto en la parrilla, la había cuidado como cualquier pirata que cuida de su tesoro; era la pierna de pollo mejor preparada, la mejor presa del almuerzo. Aquella presa estaba dorada a cada lado y sin ningún rastro de que estuviera cruda. “Obviamente desde pequeño he sido bueno en la cocina y siempre procuro que todo me salga bien”, afirmé en mis pensamientos.

Recuerdo que me encontraba en la parrilla, cuidando aquella pierna de pollo. Mi papá la veía con los ojos de la criatura más hambrienta del reino animal y entre bromas decía:

- Esa es la presa que yo voy a comer.

Al momento de servir el almuerzo, yo esperaba ansioso mi pierna de pollo bañada de una salsa que casi siempre hacía mi mamá para acompañar la carne asada, una salsa que solo a ella le quedaba exquisita. El momento esperado llegó, mientras mi mamá traía la bandeja de presas en sus manos, yo no podía divisar la pierna de pollo que preparé.

Todas las presas venían en una gran bandeja y, como siempre, mi papá fue el primero en escoger las presas de su gusto. Recuerdo que regresó a verme y agarró la pierna de pollo que yo había preparado. Por un segundo pensé que lo hizo de chiste y al momento recordé: “él es el papá, él es la cabeza, el señor de la casa, él puede comer lo que él quiera y

cuanto él quiera”.

Intenté luchar por mi presa, pero lo único que recibí fue un fuerte grito el cual interpreté con mis palabras “no comeré la presa que yo preparé”. Como olvidar que él se sirvió las dos piernas de pollo, la mejor chuleta, los mejores chorizos, los botones más crujientes, las yucas más suaves y a los demás nos tocó lo que sobró. Mi presa fue una pospierna; quería repetirme el ala del pollo, pero mi papá fue quien primero la agarró mientras yo me quedaba con el deseo de probar aquella presa. También quedé con el deseo de probar el fruto de mi esfuerzo realizado en aquella pierna de pollo.

En los años que he vivido con él, yo aprendí sus códigos, su manera de ser y no lo justifico, pero también recuerdo a su papá, mi abuelo.

Cuando íbamos a la casa de él, mi abuelo siempre escogía la mejor presa y a veces comía demasiado, que no sobraba para las demás personas. En su casa él es el que más importa, el resto es nada incluyendo mi papá. La actitud de mi papá en nuestra casa era la misma que la de su papá en su casa y siempre fue así; escoger lo mejor, comer cuanto él quiera sin importar si alguien se quedaba sin alimento. Él es el hombre de la casa y por ende él puede comer lo que se le plazca.

Han pasado años y, gracias a la comunicación que tuve con mi papá, su actitud cambió. Con alegría puedo decir que ahora todos comemos igual, respetamos nuestro esfuerzo realizado en la cocina cuando preparamos algo con mucha dedicación. Hay momentos en que él se sirve más y lo entiendo, porque no es fácil cambiar de la noche a la mañana y más cuando él estaba acostumbrado a comer demasiado y, también, tiene un gran apetito.

Debemos respetar la comida al momento de comer; no porque seas el hombre de la casa o seas la persona que está a la cabeza de tu familia significa que debes comer mucho más, que tengas el derecho de dejar sin comida a los demás. Déjame decirte que no tienes el derecho de escoger lo mejor y dejar lo peor, no eres nadie para decidir quién come y quién no.

Comparte y permite que también tu familia disfrute de la comida junto a ti.

No recuerdo cuánto pasó, en el mundo de los sueños y de los pensamientos el tiempo es tan complejo; crees que pensaste por unos 3 minutos, pero en realidad solo pasaron tres segundos.

Mi conciencia volvió a la tierra y me encontraba otra vez ahí, en la mesa, pensando en quién dará la primera palabra para ser quien coma el último pan de la mesa y tal vez estés pensando en que mi papá será quien lo haga; por un momento yo también lo pensé cuando vi que lo tomó, pero dejé de hacerlo al notar que partió el pan en cinco partes iguales y lo repartió con los miembros que estructuran su familia.

Primer encuentro

Solange Loayza Leiva. Santiago, Chile.

Sumida por la tristeza de mi primera pena de amor, caminé hasta la piedra de la mesa, un lugar que quedaba a unos dos kilómetros de mi casa; llegué hasta allí andando sin darme cuenta, tan solo pensaba en él.

No sabía cómo llamar su atención y Jorge tenía ojos solamente para Claudia, mi compañera de clases y la chica más bonita. Creo que él ni siquiera sabía que yo existía, siempre fui la más chica e insignificante a los ojos de un varón.

Me senté en la piedra y suspiré por largo rato mirando por dónde moría el sol. Al cabo de un tiempo mi espalda se resintió y decidí recostarme; al mirar hacia el cielo había tantas nubes de tan diversas formas que me entretuve poniéndoles rostros, no sé cuánto rato pasó pero en algún momento sin sentir sus pasos veo a Jorge tapando el cielo y mirándome sonriente; debo haber puesto una cara muy sorprendida porque me dijo rápidamente: “Tu madre me dijo que estabas aquí”. Le sonreí con timidez y nerviosismo (es que no me lo esperaba); él se sentó a mi lado un tanto silencioso; al cabo de un rato me dijo que quería decirme algunas cosas; de pronto me tomó la mano y la besó, sentí sus húmedos labios y de pronto me tomó por la cintura; me sonrojé; sentía que perdía el control y tiritaba absolutamente de pies a cabeza; él cada vez más cerca de mi rostro comenzaba a besarme; no podía creer lo que estaba viviendo: él era mi primer amor, mi primer beso pero a cada momento me sentía más y más complicada; Jorge había perdido el control y yo no sabía cómo parar; mi rostro mojado entero por sus besos sentía su lengua áspera que me ahogaba, y ya en el límite del terror comencé a gritar, lo golpeé, lo empujé, y de pronto abrí los ojos y vi a mi perro Don, feliz de haberme encontrado lengüeteando mi rostro; gracias a Dios solo era un sueño.

Personaje distinto

Solange Loayza Leiva. Santiago, Chile.

Caminaba con paso lento pensando en qué iba a invertir este día; sabía que era de poca utilidad mantener las platas que tenía en el Banco Boston, así que, sin pensarlo más, apuró el tranco y se fue a la Bolsa, con mucha suerte porque las acciones que él pretendía estaban bajas y existían rumores de un alza.

Ya le conocían, él siempre lucía algo especial; esta vez andaba de pantalón negro con rayas grises, chaqueta cruzada igual al pantalón, una bufanda blanca de ceda estilo mil novecientos veinte, un sombrero inclinado hacia delante, una flor en el ojal, zapatos de charol. Muy contento de haber hecho nuevamente un magnífico negocio, se fue donde sus amigos y, eufórico, los invitó a tomarse un trago en el bar de Juan; cada vez insistía más y más, tanto que uno de sus amigos le pegó un puntapié diciéndole: “Ya estás soñando viejo loco, levántate que el piso está húmedo, se puso a garuar, vamos a meternos debajo del puente, lleva un poco de tus dólares para que prendamos una fogata”.

Comienzo de la vida

Solange Loayza Leiva. Santiago, Chile.

Formando un bulto en mi vientre, unidos por un cordón
Como una cometa, has volado dejando un dolor.
Mundo de penas, mundo de alegría, enfrentarás en esta vida
Que aunque deseada, nunca les importó si de dolor morías
O si en verdad vivías.

Un nombre más en la lista y un pasajero para la sociedad
¿Qué ganarás? Un pasaporte para tu ciudad y un mundo
Que quizás sea de felicidad.

Campanas, libros, lucha, agonía, hay que pisar al de abajo
Y hundir al de arriba si quieres llegar a la cima
Y tendrás que aferrarte a tu silla para comenzar otra vez
La lucha y la agonía.

Mi pequeño Dios

Solange Loayza Leiva. Santiago, Chile.

Cuerpo frágil, dulce como la aurora, con su encanto
Rocío verdor de la mañana, hacen de este Dios
Pequeño y tierno, con sabor a viento y campo
A mar a río un torrente de encanto en su voz de gorrión.
Pedazo de alma mía, que angustia mis horas muertas
y mis noches tristes
Con el corazón herido y sangrando por el dolor
Quiera que algún día todo sea brisa y mar en mi despertar.

Índice

<i>Dale vida a tu amor</i>07 (Carla Maldonado Cifuentes) Chile. Instagram: @krlistika.
<i>Tapabocas</i>08 (Santiago Sebastián Sánchez Martínez) Uruguay. Instagram: @santiago.sanchez22.
<i>Disfraz</i>09 (Santiago Sebastián Sánchez Martínez) Uruguay. Instagram: @santiago.sanchez22.
<i>El que no me acompaña</i>10 (Paola Sofía Araya Lines) Costa Rica. Instagram: @pao_.aralins.
<i>Un 13 de</i>11 (Paola Sofía Araya Lines) Costa Rica. Instagram: @pao_.aralins.
<i>¿De qué tratamos?</i>12 (Paola Sofía Araya Lines) Costa Rica. Instagram: @pao_.aralins.
<i>Todas las eras</i>13 (Álvaro Rodrigo Morales Trelles) Francia. Instagram: @al.vareto.
<i>Recuerdo mi infancia y</i>14 (Álvaro Rodrigo Morales Trelles) Francia. Instagram: @al.vareto.
<i>Caigo dos</i>16 (Álvaro Rodrigo Morales Trelles) Francia. Instagram: @al.vareto.

<i>Debo reconocer</i>	17
(Álvaro Rodrigo Morales Trelles)	
Francia. Instagram: @al.vareto.	
<i>Ir para regresar</i>	18
(Alessandra Mireles Rafael)	
México. Instagram: @aless_with_double_s.	
<i>Amores del olvido</i>	20
(Alessandra Mireles Rafael)	
México. Instagram: @aless_with_double_s.	
<i>Despertar</i>	21
(Diego Caroca Lagos)	
Chile. Instagram: @carocadiego.	
<i>Maryland</i>	22
(Mateo Rafael García-Herreros)	
Ecuador. Instagram: @mrgh1453.	
<i>Sobre hadas, dragones y hombres solitarios</i>	24
(Mateo Rafael García-Herreros)	
Ecuador. Instagram: @mrgh1453.	
<i>Pensilvania</i>	26
(Mateo Rafael García-Herreros)	
Ecuador. Instagram: @mrgh1453.	
<i>América Libre, América Herida</i>	28
(Mateo Rafael García-Herreros)	
Ecuador. Instagram: @mrgh1453.	
<i>Domingo en la mañana</i>	30
(Andrea Paulina Hazbun)	
Chile. E-mail: andrea_hazbun_urrutia@yahoo.es.	

<i>Osado reencuentro</i>	33
(Dora Lema Olavarría)	
Estados Unidos. Instagram: @doralemaolavarria.	
<i>Sus muchas cartas</i>	34
(Dora Lema Olavarría)	
Estados Unidos. Instagram: @doralemaolavarria.	
<i>Alma atormentada</i>	36
(Dora Lema Olavarría)	
Estados Unidos. Instagram: @doralemaolavarria.	
<i>La idea principal</i>	38
(Diana María Alcántara Pizarro)	
Perú. Instagram: @escritosdeanka.	
<i>Los poetas han muerto</i>	40
(Diana María Alcántara Pizarro)	
Perú. Instagram: @escritosdeanka.	
<i>Callejones de un corazón</i>	41
(Diana María Alcántara Pizarro)	
Perú. Instagram: @escritosdeanka.	
<i>Poema del vino</i>	43
(Diana María Alcántara Pizarro)	
Perú. Instagram: @escritosdeanka.	
<i>Sombra de papel</i>	44
(Diana María Alcántara Pizarro)	
Perú. Instagram: @escritosdeanka.	
<i>Vaticinios de muerte</i>	46
(Diana María Alcántara Pizarro)	
Perú. Instagram: @escritosdeanka.	

<i>El universo dentro de mí</i>	47
(Javiera Constanza Cofré)	
Chile. Facebook: Jaaviera Constanza Cofré.	
<i>El ave que vivía en un espino</i>	48
(Javiera Constanza Cofré)	
Chile. Facebook: Jaaviera Constanza Cofré.	
<i>Amor en tiempos de Covid-19</i>	50
(Javiera Constanza Cofré)	
Chile. Facebook: Jaaviera Constanza Cofré.	
<i>Mi flor favorita</i>	51
(Javiera Constanza Cofré)	
Chile. Facebook: Jaaviera Constanza Cofré.	
<i>Lidiando con el monstruo</i>	53
(Lucero Martínez Vianchá)	
Colombia. E-mail: luceromavy@yahoo.es.	
<i>El último pan de la mesa</i>	54
(Marcos Puma)	
Ecuador. Instagram: @marcos_puma69.	
<i>Primer encuentro</i>	58
(Solange Loayza Leiva)	
Chile. E-mail: solangemloayza@yahoo.es.	
<i>Personaje distinto</i>	59
(Solange Loayza Leiva)	
Chile. E-mail: solangemloayza@yahoo.es.	
<i>Comienzo de la vida</i>	60
(Solange Loayza Leiva)	
Chile. E-mail: solangemloayza@yahoo.es.	

Mi pequeño Dios.....61
(Solange Loayza Leiva)
Chile. E-mail: solangemloayza@yahoo.es.

